

GANAMOS NOSOTROS, LOS LIMOSNEROS

Andrea Trujillo Rendón

Periodista de la Universidad de Antioquia.

Once niños nacieron después de ella, uno cada año como desgranando un maíz, y a Judith Abello le tocó dedicarse a jugar mamacita con bebés de carne y hueso. Por esos días la escuela la apasionaba, y caminaba a pie limpio veinte minutos en subida para llegar a una casita de material muy hermosa, con un bosque detrás de ella, en la vereda San José La Guaira. Allí estudió hasta cuarto de primaria, y cuando pasó a quinto, ya debía caminar los mismos veinte minutos pero hacía abajo, a la Escuela Teodomiro Osorio, en la vereda Alegrías (hoy corregimiento).

Pero ese año la escuela se le convirtió en un martirio: el profesor Jesús María Orrego Calle la sacaba al tablero a recitar la lección, y desde el primer día se empeñó en acomodarla a su amaño; bruscamente le movía los hombros hacia atrás obligándola a pararse bien, pero más se demoraba él en terminar el gesto que ella en volver a desparramarse en su pequeño cuerpecito al deformar la postura “perfecta” que añoraba el maestro.

Así pasó casi un año, el uno tratando de enderezar y la otra bajando su hombro derecho como en una actitud de terquedad y desidia; el profe, con saña, se empeñaba en que ella adoptara una postura de dama victoriana y, como si continuara en aquella época, al ver frustrado su cometido empezaba con regla en mano las más crueles palizas. Una noche, la pequeña dormía profundamente y su padre, como era habitual, recorrió la casa haciendo ronda para verificar que cada uno de sus doce hijos estuviera en cama y arropado. Lo que vio esa noche lo asustó y salió presuroso a preguntarle a su esposa María Bernarda por qué había golpeado de tal forma a la niña; pero solo hasta el día siguiente, ambos padres conocieron el origen de tales morados.

Los Abello visitaron la escuela, y el responsable del sufrimiento de la pequeña les habló sobre sus dificultades para realizar actividad física y, sobre todo, de la incapacidad que tenía para mantenerse erguida. Hasta ese momento los padres no habían reparado en su condición, pero de inmediato la llevaron desde la vereda al hospital de Riosucio, en Caldas; ya allí le tomaron una radiografía que mostraba una columna tan curvada como la carretera que lleva a Caramanta, su pueblo. El diagnóstico: escoliosis.

Y esa columna en S se convirtió en el viacrucis de Judith, que empezó a recorrer los 117 kilómetros que separan a Caramanta de la capital del departamento, con

más frecuencia de lo que quería. Mientras más visitaba al médico, menos iba a la escuela, y a medida que el tratamiento avanzaba, la niña activa, social, sonriente y juguetona se instaló en el zarzo de la casa para evitar que las visitas la vieran. Por primera vez fue consciente de cómo se veía, y empezó a sentir vergüenza de sí misma.

La idea de tener dentro de sí alambres, barras o ganchos de metal la aterraba, y se negó rotundamente a una cirugía, por lo que los médicos predijeron que cuando cumpliera 15 estaría postrada en cama. El silencio se apoderó de ella, y ante tanto dolor de su hija, don Pastor de Jesús Abello le dijo al médico que más fácil se iba a morir de depresión, por lo que le recetaron unas de esas pastillas psiquiátricas, de las que Judith solo recuerda que la pusieron a volar.

Con el vuelo, volvieron la libertad, el movimiento y las ganas de salir al mundo; regresaron las palabras y la curiosidad, pero la escuela quedó atrás; desaprobado sexto significó su permanencia en casa, a pesar de que los viajes a Medellín y las ausencias por la enfermedad fueran los responsables de esa pérdida escolar. Alejarse del salón de clase no le impidió a Judith seguir aprendiendo, y su “discapacidad” física, que no iba acorde con su naturaleza inquieta, la llevó a incrementar su compromiso con la gente y sus ganas de cambiar el mundo.

Involucrarse con los problemas de la comunidad, su carisma y espontaneidad, la convirtieron en una líder innata, y en el 92 fue nombrada coordinadora de obras de la Junta de Acción Comunal de Alegrías. Allí empezó a entender más de cerca que las necesidades de los otros eran las mismas suyas, que los dolores se repetían y que las injusticias y desigualdades iban en aumento. Dos años después se convirtió en la presidente de la Junta, y empezó a soñar. Pero muy pronto se dio cuenta de que hacer realidad esos sueños casi siempre dependía de la voluntad de un político vestido de azul o rojo.

Y no fue hasta el año 2000 cuando ella y otros campesinos, cansados de la falta de oportunidades, de la inequidad, de la pobreza y el abandono del campo, decidieron soñar con montar un alcalde no “politiquero”. Cada sábado y domingo, Judith se reunía con Alfonso Patiño, Luis María Álvarez, Óscar Ortiz, Alonso Aguirre y Darío Chaverra, en la casa de don Oscar y doña Elena, en la zona urbana de Caramanta, para crear una propuesta.

Y cuando juntaron ideas, argumentos y valor, un domingo se sentaron a fresquiar en el parque y llamaron a Herman Javier Ocampo Salgado, un muchacho humilde que trabajaba en el Comité de Cafeteros, y le propusieron que fuera su candidato. Con una risa, no de burla sino de ternura, les dijo: “¿Qué es lo que piensan hacer?, se están embobando”. Ese día los campesinos, que la gente empezaba a llamar los ecológicos, quedaron sin una respuesta pero con el corazón esperanzado.

La propuesta se instaló en la cabeza y el corazón del muchacho que quince días después les dijo que sí. Herman renunció al Comité, y entre todos los campesinos

le traían plátanos, yucas, panela, huevos, frutas y demás para que pudiera sostener a su mamá. Ahí empezaron a reunirse en finquitas a construir el programa de gobierno que lograron concretar en tan solo cinco páginas, y tres de ellas se enfocaban en los programas sociales. Ya decididos, don Alfonso Patiño y Herman viajaron a Medellín a buscar el aval político de algún partido, requerimiento legal para lanzar una candidatura, y al regresar, a falta de uno tenían tres posibilidades para escoger.

Por un lado, los partidos tradicionales, los de la hegemonía que han imposibilitado mirarnos desde la pluralidad y han desatado una y otra vez la violencia entre colombianos, entre hermanos; y estaba el aval de la ASI (Alianza social Independiente) que para aquellos días era la Alianza Social Indígena, un movimiento que nació en 1991 tras la nueva Constitución, y que pretendía convertirse en una nueva alternativa política.

La decisión no tuvo que pensarse mucho, y el logo que habían creado entre todos, en las reuniones en las finquitas, decidía previamente la vía a la que querían apuntar; en la imagen se ve la Inmaculada Concepción, la iglesia principal del pueblo, con un arcoíris; allí todos estaban incluidos: los rojos, los azules y también los verdes, amarillos, naranjas y rosados. “Caramanta, tierra de todos” se convirtió en la frase de la inclusión e igualdad que tanto añoraban. Después de inscribir la candidatura en la Registraduría, la complicidad de días pasados, cuando decían que se iban a reunir a hablar sobre agroecología, se hizo pública, pues ya era necesario darse a conocer.

“Como no abundaba la plata, y no da pena decirlo, reciclamos hojas, de esas hojas que botan por ahí, para poder imprimir el programa de gobierno y entregárselo a la comunidad”, pobretones, muertos de hambre, fue la respuesta que encontraron en la gente y en los otros cuatro candidatos.

—Imáginese, ¿si no se iban a burlar? campesinos sin estudio, campesinos sin plata aspirando a gobernar.

Y es que la historia de Colombia está marcada por gobernantes oligarcas, señores con recursos para llegar al poder, para seguir enriqueciéndose, señores por los que el ideal de democracia se difumina, y se ve como una utopía que el deseo y las necesidades de las mayorías sean tenidos en cuenta por esos que los “representan”.

En pleno parque principal, al lado del juzgado, les prestaron un salón que se convirtió en la sede de la candidatura, y como no tenían con qué adornarlo, la gente del pueblo les llevaba cositas, “viejas pero bonitas, quisque un baúl, quisque una cosa y la otra; un señor nos llevó una cafetera, y como no teníamos con qué comprar ni café ni azúcar, otro nos dio para hacer el tinto.”

Esta fue una campaña sin recursos, de a pocos fue llegando la gente; algunos se acercaban a la sede a escuchar el programa por curiosidad, y otros por real interés. Allí pusieron una alcancía para recoger fondos y poder visitar las veredas más lejanas. “Los que entraban allá nos echaban una monedita, y cada ocho días la abríamos. Nos echaban hasta chances a ver si ganábamos”. La solidaridad se empezó a materializar de múltiples formas, y el Resguardo Indígena Marcelino Tascón, de los Emberá, que está en el municipio vecino de Valparaíso, también se unió. Cada semana mandaban hermosos ramos de flores, de las que ellos cultivan, y como eran tantas, Herman decidió que el programa de gobierno lo mandaría con una flor. “La florecita” fue entonces como empezaron a llamar al candidato, que a lo largo de la campaña le tocó esquivar como balas las palabras que lanzaban para humillarlo y destruirlo.

Cuando iniciaron el recorrido por las 23 veredas del municipio, se encontraron con el apoyo y la bienvenida en algunas, pero el desplante y los insultos de la gente en muchas otras. Fueron días de madrugadas intensas, y como muchas veces no alcanzaban a preparar la coca, sin plata y tras largas jornadas, a punta de aguante resistían no solo al hambre sino a las humillaciones.

En sus recorridos por las veredas reconocieron su territorio, la diversidad en él y sus riquezas; se estremecieron en las tierras altas y frías, y sudaron en las más bajas y calurosas; tomaron nota de los nacimientos de aguas y evidenciaron el estado de amenaza en que se encontraban los bosques. Con preocupación vieron los estragos de las minas en algunos sectores alejados del casco urbano, los impactos en el suelo, la deforestación cada vez más intensa, y la contaminación de las quebradas. Ahora no solo los movía la gente, los movía la tierra.

Mientras, los demás candidatos repartían a diestra y siniestra lo que la gente pedía; unas botas negras de plástico, papas, arroz, aceite y plátanos prestados por gente del pueblo se exhibían sobre una mesa en la plaza principal, donde también se vislumbraban letreros como “No bote su voto por unas botas”, “No venda su voto por un mercado”. Un corozo plastificado sobre un papel dejaba ver “Rómpace el coco por Caramanta” escrito a mano; pero los caramanteños indolentes recibían la tarjeta para tirárselas a los pies.

—Ay niña por Dios, muy triste eso, pero cuando uno es honesto y quiere las cosas, continúa. Yo las recogía otras vez, las echaba a la canasta y les decía: “Ay amigo, rómpace el coco por Caramanta”.

Durante toda la campaña, la sede se llenó de vida, niños de todas las edades iban desde temprano a jugar con Herman y a llenar un álbum con caramelos de dibujitos. Los ecológicos mandaban el programa de gobierno con su respectiva flor para que los niños lo entregaran a sus papás, y a la siguiente vez ya no llegaban solos, sus papás los acompañaban para ver qué era lo que tanto hacían sus hijos allí y a conocer un poco de lo que proponían.

El día de las elecciones, Judith votó en Alegrías, el lugar que la vio sufrir cuando era niña a causa de la escoliosis, y su profesor de escuela la veía ahora ansiosa ante la incertidumbre de las votaciones. En este corregimiento se encuentra la mitad de la fuerza electoral del municipio, y Judith recuerda que aquella tarde la gente iba y venía, que se veían políticos aun haciendo campaña, la plaza parecía una carnicería.

Vestidos con gorra y camiseta blanca, el equipo de Herman estaba silencioso, expectante. Al finalizar la tarde, Alegrías se llenó de fiesta: los carros pitaban, la gente pasaba con tapas y se escuchaban gritos. Alguien de la otra campaña desde un carro le gritó: “¡Judith, ganamos!”.

A estas alturas las humillaciones dolían menos, y sin importar el resultado, todos sus compañeros y ella habían prometido encontrarse en Caramanta para ir a misa y dar gracias. Judith caminó hasta su casa con una tristeza profunda por el sueño inalcanzado.

—Usted pa donde se va a ir?

—A rezar mamá.

—No se vaya hija que eso está muy alborotado, mire esa gente como zumba...

—No mamá, es que uno está trabajando honestamente, vamos a ir a misa.

El camino se hizo largo y al llegar al pueblo todo estaba extrañamente callado, como si hubiera un muerto por ahí. Este contraste desconcertó a Judith y a sus compañeras, que tocaron en la casa de Don Jairo Builes, un compañero de la campaña que al abrir la puerta reflejaba en su rostro una alegría que no podía contener: “¡Judith, Ganamos!”.

Era la segunda vez en el día que escuchaba las mismas palabras; tardó unos segundos en entender, hasta que su pequeño cuerpo quería brincar de emoción.

—Fue una sorpresa, ganamos nosotros, los limosneros, los patisucios, Herman ganó.

El ahora alcalde electo les advirtió que ese día no tomarían trago —porque unos estamos contentos pero otros están tristes, es respeto—. Pero Judith, que no podía contener el cúmulo de sensaciones que se apoderaban de su cuerpo, entró a una tienda y pidió un aguardiente en un pocillo de tinto, para celebrar esa alegría inmensa que quería salirse de ella.

Las campanas indicaron que la misa iba a comenzar y todos entraron a agradecer. El futuro alcalde, con tenis rotos, un cordón de uno y otro de otro, no proyectaba la imagen de un político tradicional: era la imagen de un joven humilde, era el pueblo que llegaba al poder. Su administración construyó el plan de desarrollo

de la mano de la gente y se enfocó en los procesos sociales, en fortalecer las organizaciones para que pudieran ser sostenibles y autónomas, pues Caramanta, por ser un municipio categoría sexta, o sea, la que se da a los municipios más pequeños por no alcanzar una población superior a diez mil personas, recibe muy pocos recursos.

Es que la Asociación de Productores Agropecuarios (Asap), la asociación de mujeres (Amucar), las juntas de acción comunal y el Concejo Municipal de Desarrollo Rural (CMDR), entre otros, se fortalecieron con talleres y la gestión de recursos por medio de proyectos.

Años atrás, la crisis del café había llevado a los campesinos a buscar alternativas productivas, y aprovechando la temperatura cálida de la vereda La Sirena, emprendieron el proyecto de sembrar caña de azúcar y construir un trapiche; con Herman, el proyecto llegó a Suiza y Cataluña, y no fue hasta el 2003, cuando ya se acababa su administración, que ambas organizaciones apoyaron con recursos. Swissaid, por su parte, decidió apoyar la iniciativa de Asap, pues por aquella época esa ONG internacional le apostaba a proyectos que permitieran que las comunidades no abandonaran sus territorios y reafirmaran su pertenencia a la tierra.

Judith, que era parte de la mesa directiva de Asap; recuerda esos días como una escuela:

—Nosotros no sabíamos cómo hacer recibos, no sabíamos cómo hacer actas, y entonces ahí aprendimos, porque teníamos que hacer muchos informes.

La plata llegó para el fortalecimiento de las fincas orgánicas, para comprar insumos, para capacitarlos. Pudieron alquilar una casa en el pueblo, se compró dotación para la cocina, para preparar deliciosas tortas orgánicas, mermeladas y demás, se consolidó una tienda agroecológica para comercializar los productos, y se creó un fondo rotatorio para prestarle recursos a los mismos campesinos. Al proyecto le llegó más plata que a la misma alcaldía, y otra vez la gente empezó a tratarlos mal y hasta de guerrilleros los empezaron a tildar.

Pero la agroecología se les convirtió en bandera y escudo al mismo tiempo.

—Hablamos de la agroecología, pero la agroecología no es solamente la huerta, lo orgánico, la fauna y la flora; nosotros hablamos de la parte social y de la parte política, de la soberanía alimentaria y de nuestros derechos como campesinos.

Esta apuesta por crear nuevas relaciones con la tierra, de generar arraigo y de impedir que los campesinos vendieran sus fincas, se convirtió en la forma de resistir a los procesos de concentración de la tierra que afectan al municipio, pues actualmente el 45% del territorio está en manos del 0,46% de la población; pero a la vez, también se convirtió en la manera de resistir ante los impactos de la minería en su territorio.

Y es que en el cinturón de oro del Cauca Medio se encuentra Caramanta, ahí pegadita a Marmato, “El pesebre de oro de Colombia”, uno de los municipios con mayor tradición minera en el país. Ambos se encuentran sobre la misma montaña de la cordillera occidental y comparten la riqueza en oro, plata, platino, cobre y zinc, que atraen a las grandes multinacionales, por lo que ahora el mapa del territorio está lleno de pequeños cuadritos rojos que delimitan los títulos mineros solicitados y concedidos. De las 9.408 hectáreas que tiene Caramanta, son 7.095 las entregadas actualmente por el Estado a empresas como la Anglo Gold Ashanti, Caramanta Project Solvista, Marmato Gold S.A., entre otras.

Pero como las mineras se fusionan entre sí, cambian de nombres y crean filiales, compran y venden títulos para hacerse a los territorios que requieren para sus proyectos, se dificulta determinar cuáles son las compañías que hacen presencia en el territorio en un momento dado, y con ello, de quiénes son las responsabilidades ambientales sobre posibles daños ocasionados. Ni las administraciones ni las comunidades saben a ciencia cierta quién está llevándose los recursos de la montaña y haciendo estragos sobre las fuentes de agua y la biodiversidad.

Amucar, Asap, la Asocomunal, los defensores de la Madre Tierra, organizaciones de las que Judith ha hecho parte, y muchas otras más, se han sumado a los esfuerzos por hacer del municipio un territorio libre de minería. Todos coinciden en que los proyectos mineros requieren el uso de al menos 22 fuentes de agua, de las que también dependen la agricultura, la ganadería y los humanos para su consumo, y que, por otro lado, la minería trae consigo cambios drásticos en la cultura de la gente del municipio, al llegar grupos de mineros con altos ingresos.

“Ustedes no dejan que llegue el progreso al municipio”, le han dicho a Judith decenas de veces algunas personas del casco urbano; pero lo que no magnifican es que la llegada de grupos mineros no solo implica el “fortalecimiento” del comercio; implica que estos grupos traen costumbres diferentes y con ellos demandas de ciertos servicios de esparcimiento, del consumo de servicios sexuales, y con ello el incremento de la prostitución. Hace poco, cuenta Judith, le pidió el favor a un campesino de que le ayudara con unos arreglos en el Trapiche Las Delicias; este le respondió que con todo el gusto, pero que nadie podía saber, pues ya estaba trabajando para una minera, lo que la dejó con la preocupación de que la producción local de alimentos puede debilitarse por el cambio de actividad de los campesinos, y con ello la pérdida de la soberanía alimentaria. Por esto la apuesta por la agroecología es una apuesta de resistencia dentro del territorio.

Son muchas las razones que mueven a los campesinos a organizarse y llevar talleres a las comunidades para informar sobre los posibles impactos de estas prácticas en sus vidas. Las caminatas de reconocimiento del territorio han sido claves en este proceso, pues han logrado ver de cerca los conflictos que genera la

minería aun en la etapa de exploración, y han podido generar veedurías ciudadanas y ambientales rigurosas.

Todos estos esfuerzos han tenido sus frutos; por ejemplo, en el 2012 a la Caramanta Conde Mine, que venía haciendo uso de un caudal de agua para el proceso de exploración, que construyó una vía para el transporte utilizando gran cantidad de árboles nativos, y que construyó un helipuerto sin autorización de Corantioquia, se le ordenó la suspensión inmediata de la exploración.

Más de 30 años después, en el 2008, Judith retomó la escuela, y en el 2011 concluyó su bachillerato con la Corporación para la investigación y el Ecodesarrollo Presencial (Cier). Fue concejala del municipio durante dos periodos (2004-2011), liderando muy de cerca procesos de empoderamiento de las mujeres y el fortalecimiento de las fincas agroecológicas. Este proceso la ha hecho fuerte, la ha llenado de aprendizajes que seguro requerirá, porque la defensa de su territorio apenas comienza, y son múltiples los frentes por los que deben resistir.

Ella insiste en que “La agroecología es la posibilidad humana de habitar el territorio en condiciones de vida digna, produciendo alimentos sanos y cuidando los recursos naturales para generar riqueza cotidiana”.